

# ESTUDIOS ECLESIAÍSTICOS

REVISTA TRIMESTRAL DIRIGIDA POR PADRES DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

Núm. 63

OCTUBRE, 1942

VOLUMEN 16

## "MATER ECCLESIA"

### DEVOCIÓN A LA IGLESIA EN LOS PRIMEROS SIGLOS

Es un hecho averiguado en la historia de la piedad cristiana el puesto céntrico y focal que la Iglesia va obteniendo en la devoción activa de nuestros tiempos. En los primeros siglos cristianos la piedad era eminentemente teocéntrica: Dios, el Padre de Jesucristo, y también Jesucristo, pero en cuanto Dios y Verbo del Padre, poseían el vértice de la conciencia religiosa. Todavía en los días de San Agustín la idea de Dios domina, avasalladora, toda la vida espiritual. En aquellos siglos de reacción anti-arriana, aun la misma Humanidad de Cristo quedaba relegada a segundo plano. En la Edad Media fué cuando ésta presidía en el mundo de la espiritualidad, lo mismo que el imponente *Pantocrator* llenaba los ábsides de sus templos. Era la época de las reliquias de la Pasión y de los Santos, de las Cruzadas y de las rutas a Compostela, y, algo más tarde, del "Véante mis ojos" teresiano, y de las contemplaciones del "Rey eternal", de Ignacio de Loyola.

Hoy, la radiosa figura de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, dispensadora perenne de los tesoros inexhaustos de la gracia, se yergue, enhiesta como bandera, ante los pueblos y llena los horizontes, avasallando la atención de la piedad actual en todos los meridianos. El concilio Vaticano la ha propuesto como milagro moral, que por sí mismo prueba la divinidad de su origen. El pueblo cristiano la entroniza en el centro cordial de su fervor, como a esposa de Jesucristo (1).

---

(1) Acerca de estas fases de la historia de la piedad cristiana, puede verse la hermosa obra del P. P. Lipper, S. I., *Die Kirche Christi*. Friburgo de Br., 1931.

El título que encabeza estas páginas, y la concepción que él entraña, no son, sin embargo, novedad de nuestro tiempo. Familiar en la iglesia africana, sobre todo en sus grandes doctores Tertuliano, San Cipriano y San Agustín, tiene sus raíces en las mismas fuentes del Nuevo Testamento. El propósito de este estudio es seguir las líneas de su historia en los primeros siglos del Cristianismo.

\* \* \*

Cuatro rasgos bastaron al Evangelista San Lucas para describir, en el capítulo I de los *Hechos*, aquel manípulo de escogidos que, al volver del Olivete el día de la Ascensión, formaban en el Cenáculo la primera Iglesia: los Apóstoles, algunas mujeres, con María la Madre de Jesús, y sus hermanos. Pero aquel breve círculo era el germen palpitante que se agrietaba, henchido bajo la gleba. La palabra de Jesús sostenía y vivificaba sus ánimos. Tenían conciencia de que formaban la Iglesia de Jesucristo.

Esta venía delineándose desde los risueños y apacibles contornos de las parábolas del Maestro. Era entonces como la nubecilla que asciende por el horizonte lejano y avanza para extenderse por toda la tierra, de que nos habla el libro III de los Reyes. La imagen se bosquejaba en múltiples cambiantes: la grey exigua a la cual se promete el reino; el tesoro escondido, que acucia el deseo de su afortunado descubridor; la red barredera, de abultados senos; la diminuta semilla, predestinada a floraciones exuberantes; la fortaleza roquera de Cesarea de Filipos, que ha de desafiar las embestidas y asaltos del infierno.

Y las promesas comenzaban a realizarse desde la alborada de Pentecostés. El vino nuevo henchía los espíritus, y el cenáculo se multiplicaba por las moradas particulares, y rompía el cerco de Jerusalén, y trasponía los linderos de Judea y de Samaria, y despertaba el sueño secular del paganismo, con la rapidez del relámpago y el ímpetu arrollador del torrente desbordado.

Luego es la pluma de Pablo la que traza los caracteres, íntimos y misteriosos, de la nueva institución, describiéndola ya como entidad subsistente. La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, *pleroma* del Redentor; Jesucristo, que sobrevive en la tierra para

consumar su obra en nosotros; su esposa muy amada, por quien se entregó, para hacerla sin ruga ni mancha, toda pura e inmaculada. A través de la encumbrada teología del Apóstol no faltan resquicios personales, por los que el alma se le escapa en efusiones de convertido: es el abortivo, que no merece llamarse Apóstol, y el haber "perseguido a la Iglesia de Dios" aflora a su conciencia como vieja pesadilla.

Y el término no había de faltar en la descripción exacta y apasionada. San Pablo es el primero en llamar a la Iglesia "madre nuestra". Quédese allá—dice a los cristianos de Galacia—la vieja ley, Agar, la sierva que engendraba para servidumbre; la Iglesia es nuestra madre, libre como Sara, Jerusalén superna, de la cual nacimos hijos de la promesa, como Isaac, y libres con la libertad de Cristo (2).

Teología fecunda en perspectivas sin límite. Es la excelencia céntrica de la Iglesia como sociedad. La dignificación igualitaria de todas las razas, junto con el código de toda fraternidad cristiana, y la maternidad espiritual de la Iglesia, que perpetúa la dignidad augusta de la Virgen-Madre, concibiendo en su seno cada día al Cristo místico, se encierran en ella como en su primer germen. En el regazo de esa madre ya no habrá desniveles odiosos entre judío y griego, entre siervo y libre, sino que todos serán una misma cosa en Cristo Jesús, nacidos del mismo seno y nutridos con la misma sangre.

Tal vez la herencia más preciada de esta doctrina paulina en la comunidad cristiana, por muchos aspectos, fué el dogma de la Comunión de los Santos. Verdad no formulada en estos términos hasta el siglo V, pero ya familiar en su contenido a todos los fieles desde los días del Apóstol. Es la que corona sus enseñanzas sobre el cuerpo místico de Cristo. Cada cristiano tiene conciencia viva de ser miembro de un organismo inmenso; se siente vivir de su misma vida. El bautismo lo injerta en el viejo tronco; la Eucaristía lo nutre y desarrolla en una plétora de vida, que a su vez refluye en los demás miembros y concurre a la plenitud vital del todo. Y este sentimiento íntimo despertaba aquella solidaridad

---

(2) *Gal.*, IV, 26.

sobrenatural que sintonizaba la vida de cada uno de los fieles con el estado de la Iglesia. Soy cristiano, podía decir cada uno, sublimando el sentido del aforismo terenciano, y nada me es extraño de cuanto al Cristianismo atañe. Comunidad de miembros, que tienen por cabeza al mismo Cristo, a quienes une y vivifica el mismo Espíritu Santo en su conspiración a idéntico ideal religioso y en la participación de las mismas fuentes de Redención.

\* \* \*

La generación siguiente a los apóstoles recogerá estas enseñanzas. La idea de la Iglesia penetra de parte a parte el Epistolario de Ignacio de Antioquía. Es el arca de salvación en el diluvio de todos los tiempos, aun para el pueblo de Israel (3). El extático mártir, tan apasionado por Cristo como pastor amante de la Iglesia, ve en la Iglesia universal la encarnación continuada de Jesucristo, del mismo modo que cada obispo encarna su iglesia particular. Conocida es su efusión amorosa, donde entrelaza así a Cristo con su Iglesia, por vez primera llamada "Católica".

Donde se halle el obispo, allí estará la iglesia local; del mismo modo que donde está Jesucristo, allí está la Iglesia Católica (4).

Su celo pastoral da a sus cartas un tinte de amonestación apremiante a los fieles para que se adhieran tenazmente a la Jerarquía. La herejía comenzaba a infestar el ambiente. Pero sobre el cuidado del pastor flota el hálito fervoroso del cristiano, que le hace ver a la Iglesia como sumergida en una atmósfera de amor y saludar a la comunidad romana, en la más hermosa de sus cartas, como a la "Iglesia que preside a la caridad".

Porque la caridad era, en efecto, la fisonomía del cristiano. Caridad práctica y actualizada, que reconocía al "hermano" en todo hijo de la Iglesia, y dilatava su afecto por las comunidades más remotas, en alas de la oración protectora y de las limosnas y colectas. La unidad amorosa era el anhelo de todos los fieles, y

(3) Véase H. DE GENOUILLAC, *L'Église chrétienne au temps de Saint Ignace d'Antioche*. París, 1907.

(4) *Smyrn.*, VIII, 2.

la Eucaristía su fuente, su símbolo, su garantía. "Con ser muchos—había escrito San Pablo—todos somos un pan, un cuerpo, ya que de un mismo pan participamos" (5). Y el raciocinio del Apóstol tenía eco en el uso de enviarse mutuamente las iglesias la Eucaristía como símbolo de fraternal unión (6). Formar parte de la Iglesia se decía "tener comunión, comunicar con ella".

Aquel documento antiquísimo, la *Doctrina de los doce Apóstoles*, nos ha conservado a este propósito una plegaria que todavía exhala el perfume matinal de los primeros días. Efusión hermosa y conmovedora de los cristianos, que fundían en uno sus amores a Cristo eucarístico y a la Iglesia, madre de ellos:

«En cuanto a la Eucaristía, daréis gracias de la siguiente manera:

Primeramente, por el cáliz:

Te damos gracias, Padre nuestro,  
por la santa viña de David, tu hijo,  
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu hijo.  
Gloria a ti por los siglos.

Luégo, por el pan fraccionado:

Te damos gracias, Padre nuestro,  
por la vida y la ciencia  
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu hijo.  
Gloria a ti por los siglos.

Como este pan fraccionado se hallaba disperso por las montañas y  
[reunido fué uno solo;  
de igual suerte reúname tu Iglesia desde los confines de la tierra en  
[tu reino.

Porque tuyos son la gloria y el poder, por Jesucristo, durante los  
[siglos» (7).

«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla  
[perfecta en tu amor;

y congégala de los cuatro vientos, esta Iglesia santificada, en el tu  
reino que le has preparado.

Porque tuyos son el poder y la gloria por los siglos» (8).

(5) I *Cor.*, X, 17.

(6) EUSEBIO, *Hist. ecl.*, V, 24, 15.

(7) Trad. de LUIS SEGALÁ ESTALELLA, *Doctrina de los doce Apóstoles*. Barcelona, 1916, cap. IX. 4.

(8) *Ibidem*, cap. X, 5.

En la *Anáfora* de Serapión, en el siglo IV, se reproducen idénticos afectos con el mismo ropaje de expresión. Pero recojamos todavía otros documentos de los tiempos primitivos.

Ricas en doctrina son a este intento las Visiones del alegórico Hermas, en su *Pastor*, de mediados del siglo II. No era la Iglesia para aquellos cristianos una advenediza de ayer, nueva creación, a la cual pudiera señalársele el día y la hora de su nacimiento. Hunde sus raíces en las sombras del Testamento Antiguo; era para ellos una abuela venerable:

“Un joven hermosísimo, ¡oh, hermanos!, me hizo una revelación, estando yo dormido, y me dijo: ¿Quién crees que es la anciana de la cual has recibido el libro? Yo le digo: La Sibila. Te equivocas. dice; no es. Pues ¿quién es?, le digo. Responde: La Iglesia. Yo entonces le dije: Pues, ¿por qué es anciana? Y dice: Porque fué fundada la primera de todas las cosas, y por ella fué creado el mundo” (9).

Este abolengo nimbaba a la Iglesia, ante los paganos, de un prestigio fascinador en la propaganda cristiana. La filosofía pagana, tan sensible al hechizo de las antiguas revelaciones, no podía menos de impresionarse ante un pasado glorioso que hacía coincidir los orígenes de la Iglesia con los de la misma humanidad. Y aun en el seno del cristianismo, este parentesco y filiación de la Iglesia con el Antiguo Testamento repercutía en mil manifestaciones de su moral y de su ascética. Durante largos siglos los nombres impuestos a los cristianos eran los de los antiguos Patriarcas y Profetas: el calendario judaico perpetuaba su historia, aunque bajo otro signo, de espíritu y de verdad.

Contéplase aquí la Iglesia en su concepción trascendente, “la primera entre las criaturas”, pero al mismo tiempo con rasgos juveniles de perenne primavera: “virgen hermosamente ataviada, saliendo de su tálamo; su atuendo es de una blancura deslumbradora; viene tocada con diadema resplandeciente; sus cabellos abundantes le forman una aureola maravillosa” (10). Es la esposa de Jesucristo, siempre antigua y siempre nueva, eternamente joven, y que rejuvenece cuanto toca. Como madre de los cris-

(9) HERMAS, *Pastor, Vis.*, II, 4.

(10) *Ibidem, Vis.*, IV, 2.

tianos, los exhorta a perseverar en la paz y en la justicia, en que ella los ha educado:

«Escuchadme, hijos míos; yo os he formado en gran sencillez, inocencia y castidad, por la misericordia del Señor, que derramó sobre vosotros la justicia, para que seáis santos y libres de toda maldad y perversidad... Procurad que la paz reine entre vosotros, para que yo también pueda un día presentarme gozosa a nuestro Señor a dar cuenta de todos vosotros» (11).

En otra parte se subraya la misión medianera de la Iglesia ante el Padre, perpetuadora en ella de la mediación de Cristo, sobre el cual ella descansa en continuidad homogénea, como un castillo sobre su cimiento de roca:

«Al ver el Pastor la grandiosidad de la torre (la Iglesia), se alegró sobremanera... Estaba construida como de una sola pieza; no se veían juntas ni articulaciones; diríase que las piedras habían sido esculpidas en la roca; daba la impresión de un monolito» (12).

Nuevas maneras de expresar la afirmación paulina de la identidad de la Iglesia, cuerpo místico, y de su cabeza, Cristo.

El primer tratadista de eclesiología, San Ireneo de Lyon, orientó su ciencia toda a *desenmascarar y refutar a la falsa Gnosis*, según reza el título de su magna obra. Desde este ángulo visual, considera él a la Iglesia baluarte inexpugnable de la verdad, criterio decisivo en las controversias doctrinales, vaso incontaminado de la revelación, que en manos de los sucesores de los Apóstoles conserva la pureza de las enseñanzas de Jesucristo como un elixir de vida que rejuvenece las almas. Ni las arideces de la especulación ni el áspero fragor de la contienda habían logrado enronquecer su tono de ternura filial cuando habla de la Iglesia. También en él el esquema del cuerpo místico posee esta otra faceta de ser madre de los cristianos:

«La fe que conservamos recibida de la Iglesia, y que por el Espíritu de Dios, como en un vaso un depósito excelente que rejuvenece y hace rejuvenecer el mismo vaso en que se halla... En la Iglesia puso

(11) *Ibidem*, *Vis.*, III, 9.

(12) *Ibidem*, *Sim.*, IX, 9.

Dios profetas, doctores y toda la universal actividad del Espíritu, de la cual no participan los que no corren a la Iglesia, sino que se defraudan a sí mismos de la vida por mala sentencia y por operación pésima. Porque donde está la Iglesia allí está el Espíritu de Dios; y donde el Espíritu de Dios, allí la Iglesia y toda gracia; y el Espíritu es verdad. Por lo mismo, los que de ella no participan no reciben de los pechos maternos el alimento de vida ni beben en la fuente que brota del cuerpo de Cristo» (13).

Y este sentimiento de fraternidad en la Iglesia no era exclusivo de las figuras cumbres, más favorecidas por el sol de la verdad. También bajaba a ser patrimonio del pueblo, en el cual vigorizaba los espíritus, alentaba en las luchas y dulcificaba la vida. En las hambres y carestías, en las cárceles y destierros, en los días rojizos de tormenta, la Iglesia entera sentía el azote en su mismo ser, y los cristianos todos adquirían la conciencia del parentesco que los hermanaba bajo las alas de una misma madre. En días de persecución, el primer chispazo del ozonizado ambiente congregaba a la comunidad en los dédalos de las catacumbas; y la Iglesia se transfiguraba en *Orante* mística, por cada uno de sus hijos. Uno era el llanto de todos por cada víctima, y uno también el cántico de victoria, entre lauros y emblemas de esperanza. El dolor común es el gran aglutinante de las almas.

El autor anónimo de la *Carta de las Iglesias de Viena y Lyon a las Iglesias de Asia y Frigia* nos abre un resquicio que deja entrever toda una situación:

«Los miembros muertos de la Iglesia (los apóstatas) recobraron la vida por influjo de los vivos; y los mártires beneficiaron a los que habían renegado de la fe. Así la Iglesia, madre-virgen, veíase aumentada con los mismos a quienes arrojó muertos de su seno y que ahora acogía en su regazo con nuevo aliento de vida» (14).

El final de la carta envuelve en una aureola de paz la memoria de los desaparecidos, y a la madre Iglesia, que los recuerda:

«Amaron la paz, recomendaron la paz, y en alas de la paz volaron ellos a Dios. Su recuerdo no es doloroso a la madre ni divide y des-

(13) *Adv. haer.*, III, 3, 24.

(14) Núms. 44-47. Sobre otros episodios semejantes puede consultarse la erudita obra de JOSÉ ZAMEZA *La Roma Pagana y el Cristianismo*. Roma, 1941.

concierta a los hermanos, antes derrama gozo y paz, concordia y caridad en todos» (15).

El artículo de la fe "Creo en la Santa Iglesia" es uno de los que, ya desde la segunda mitad del siglo II, integran el núcleo primitivo del Símbolo Apostólico. En la llamada *Epístola de los Apóstoles* (hacia el 180) está jerarquizado inmediatamente después de la fe en las tres Divinas Personas.

Los grandes doctores alejandrinos nimban esta verdad con efusiones filiales de ternura y afecto. Por su actividad literaria y la amplitud de su saber, Clemente de Alejandría es el primer sabio de la Iglesia. En su *Pedagogo*, tratado de moral y ascética cristianas, en el cual el educador es el mismo Verbo, Jesucristo, se halla el siguiente fervoroso apóstrofe a la Iglesia:

«¡Oh milagro místico! Uno es el Padre de todas cosas, uno también el Verbo de todas las cosas, y uno el Espíritu Santo, y El está en todas partes. Una sola es la madre-virgen, pláceme llamarla Iglesia... Es virgen y madre al mismo tiempo, íntegra e incontaminada como virgen, pero amante como madre, que atrae a sí sus hijitos y los nutre a sus pechos; es decir, con el Verbo infante» (16).

Poco antes ponía a los cristianos bajo la pedagogía de la madre Iglesia: "La madre—dice—atrae a sus hijos a su regazo; también nosotros buscamos el regazo de nuestra madre la Iglesia" (17).

Al final de su obra cierra sus geniales enseñanzas esta calurosa exhortación:

«¡Oh alumnos de la divina pedagogía! Seamos fieles a la hermosa persona de la Iglesia. Arrojémonos como hijos en el regazo de tan buena madre; y si observamos sus enseñanzas, glorifiquemos la feliz economía por la cual queda el hombre formado y educado y santificados los hijitos de Dios.»

Con Orígenes, el portentoso polígrafo antenicense, sucesor de Clemente en la dirección de la Escuela de Alejandría, llega ésta al apogeo de su esplendor. Fácil cosa fuera, en el inmenso cam-

(15) Núm. 62.

(16) *Pedagogo*, I, 6, 42.

(17) *Ibidem*, I, 5, 21.

po de su obra literaria, tejer una guirnalda a la Iglesia, a la cual llama "el cosmos del cosmos" (18). Aplica a Cristo y a la Iglesia el Epitalamio del *Cantar de los Cantares*, como lo hará más tarde el primero entre los latinos, nuestro Gregorio de Elvira: "Ego Ecclesia, ego sponsa, ego sine macula, plurimarum custos sum posita vinearum". A lo cual responde el esposo: "Tanto melior es omnibus filiabus tu sponsa, tu ecclesiastica anima, omnibus animabus quae non sunt ecclesiasticae" (19). La Iglesia de Cristo, dice en otro lugar, virgen ella y esposa de Cristo, florece en una primavera perenne de pudorosas vírgenes (20). Sin que falte el contraste, ya subrayado por su maestro Clemente, de la Iglesia virgen y al mismo tiempo madre de todos los cristianos: "¡Ojalá que todos fuerais—exclama—el gozo de nuestra madre la Iglesia!" (21).

\* \* \*

Pero quien por su uso frecuente y por su fervor de expresión hizo característicamente suyo el apelativo "Mater Ecclesia", fue la teología africana, que, con el fulgor sin igual de algunas lumbreras de la Patrística, apuntaba años más tarde el vértice intelectual del Cristianismo.

Ya Tertuliano ve incluida la invocación de la Iglesia como madre al llamar *Padre* a Dios, en el *Padrenuestro*:

«Appellatio ista (Pater) et pietatis et potestatis est. Item in Patre Filius invocatur. *Ego enim, inquit, et Pater unum sumus*. Ne mater quidem Ecclesia praeteritur. Si quidem in filio et patre mater recognoscitur, de qua constat et patris et filii nomen. Uno igitur genere aut vocabulo et Deum cum suis honoramus et praecepti meminimus et oblitos patris denotamus» (22).

Uno solo es nuestro Padre, Dios—dice en otra parte—, y nuestra madre, la Iglesia (23). Su ternura maternal alumbra y recon-

(18) *Comment. in Matth.*, XIII, 24.

(19) *In Cant. homil.*, I, 7, 10.

(20) *In Gen. homil.*, III, 6.

(21) *In Gen. homil.*, X, 1.

(22) *De oratione*, 2.

(23) *De monog.*, 7; véase también *Adv. Marcionam*, V, 4.

forta las tristezas lóbregas de las cárceles, en los días llorosos de la persecución:

«Inter carnis alimenta benedicti martyres designati, quae nobis et domina mater Ecclesia de uberibus suis, et singuli fratres de opibus suis propriis in carcerem subministrant...» (24).

Porque en la persecución y el martirio, como en las grandes catástrofes familiares, se ponía a prueba, en múltiples manifestaciones, el corazón de esta madre. La literatura de San Cipriano parece exhalar todavía un acre aroma de sangre, al mismo tiempo que conserva, como los libros viejos, triunfales hojas de laurel. Entre las fervorosas cláusulas del santo mártir de Cartago percíbese a veces el júbilo procesional de la Iglesia, que celebra aquellas victorias paradójicas de las catacumbas:

«Exulto laetus et gratulor, fortissimi ac beatissimi fratres, cognita fide ac virtute vestra, in quibus mater Ecclesia gloriatur» (25).

Otras veces es la misma madre la que se adelanta a recibir a sus hijos como a héroes que vuelven al campamento, y levanta arcos de triunfo, y dilata, jubilosa, las puertas de sus ciudades para que en formación desfilen todos: los guerreros, con sus trofeos; las vírgenes, doblemente coronadas, en peculiar milicia; los niños, finalmente, adelantándose a sus años por el valor:

«Quam vos laete sinu suo excipit mater Ecclesia de praelio revertentes! Quam beata, quam gaudens portas suas aperit, ut adunatis agminibus intretis, de hoste prostrato trophaea referentes! Cum triumphantibus viris et feminae veniunt, quae cum saeculo dimicantes, sexum quoque vicerunt. Veniunt et geminata militiae suae gloria virgines, et pueri annos suos virtutibus transeuntes» (26).

Horas de júbilo, que compensaban el llanto de otros días, cuando el velo del dolor cubría su frente ante la ruina y fragilidad de

(24) *Exhort. ad mart.*, I.

(25) *Epist. ad mart. et confess.* (Hartel, X), 1.

(26) *De lapsis*, 2.

muchos de sus hijos. Porque la carne es flaca. y no todos correspondían a la generosidad de su estirpe:

«... Ut quos vinculum confessionis et hospitium carceris simul iunxit, iungat etiam consummatio virtutis et coronâ caelestis, ut lacrymas matris ecclesiae quae plangit ruinas et funera plurimorum, vos vestra laetitia tergeatis et ceterorum quoque stantium firmitatem vestri exempli provocatione solidetis» (27).

San Cipriano, como Tertuliano, cimenta su teoría en la tradición. La Iglesia es nuestra madre, como Dios es nuestro Padre. Él sabe asociar amorosamente estos dos afectos de ternura cristiana fundamental, enfrentándolos al desnaturalizado proceder de los **padres** terrenales que eran ocasión de escándalo y muerte para los suyos (28). Por eso, obediente a su destino providencial de defensor de la unidad católica, clamaba contra los cismáticos con voz de trueno: "Habere non potest Deum Patrem qui Ecclesiam non habet matrem" (29). Si bien sabe dulcificarla en amoroso silbo de pastor que se afana por reunir su dispersa grey:

«... Ut vos, magis ad ecclesiam matrem et ad nostram fraternitatem revertamini, quibus possumus hortamentis petimus et rogamus» (30).

«... Quando ipsa ante mater nostra Ecclesia pacem de misericordia Domini prior sumpserit...» (31).

«... Cum Domino permittente in sinum matris Ecclesiae recolligi coeperimus...» (32).

Y que esta profesión no era una voz aislada del santo obispo, sino más bien eco resonador de la creencia general de aquella iglesia, lo patentiza el símbolo de fe africano, citado por Virgilio

(27) *Epist. ad mart. et confess.*, 4.

(28) «Illi (los padres naturales) nobis Ecclesiam matrem, illi Patrem Deum negaverunt, ut dum parvi et improvidi et tanti facionoris ignari, per alios ad consortium criminum iungimur, aliena fraude caperemur.» *De lapsis*, 9.

(29) *De Ecclesiae unitate*, VI.

(30) *Epist. Maximo et Nicostrato* (Hartel, XLVI).

(31) *Epist.*, IV (Hartel, XVI), 3.

(32) *Ibidem*, 4.

de Tapso, que canta: "Credo in Spiritu sancto, in sanctam matrem Ecclesiam" (33).

\* \* \*

Fué San Agustín quien sublimó hasta la cúspide más elevada de concepción y de estilo la idea de la "Iglesia Madre". El mundo moderno vive en muchos sectores de su espiritualidad de la herencia del genio africano. La Teología y la Filosofía, la piedad y el sentimiento, la retórica y el lenguaje, en la Iglesia latina, llevan indeleblemente impresas las huellas gigantes de su paso. También sobre el punto que estudiamos derramó un rayo decisivo de su mirada, escrutando profundidades de misterio.

Su adjetivación, hablando de nuestra madre la Iglesia, se torna superlativa. Es la Iglesia Católica—dice—madre verdaderísima de los cristianos (34). Somos hijos de una madre celestial, su prenda, su corazón: "Viscera Ecclesiae, pignora Ecclesiae, filii matris caelestis" (35). El corazón de Agustín, hecho para amar, y que se había derramado en tantos y tan variados amores, se vuelca ahora sin reservas sobre los brazos de la Iglesia, y el contacto ardoroso de sus escritos contagia y enciende a los lectores.

Ve con acierto en la concepción básica de San Pablo, de la Iglesia cuerpo místico de Cristo, una como segunda Encarnación, y en ella la razón suprema de la excelsa dignificación de la Iglesia:

«Assumpta est Ecclesia ex genere humano ut caput esset Ecclesiae ipsa caro Verbo coniuncta, et ceteri credentes membra essent illius capitis» (36).

El *Cantar de los Cantares* le presta sus mejores galas de expresión: "Procedat et ista... pulchra inter mulieres...; quoniam

(33) HAHN, A., *Bibliothek der Symbole*, 3.<sup>a</sup> edic., Breslau, 1897, pág. 58. El P. Julio Lebreton demuestra en una nota acertada que estas manifestaciones no eran exclusivas de la Iglesia africana (*Mater Ecclesia*, en *Recherches de Science religieuse*, II, 1911, págs. 572-573). Los textos que aquí hemos aducido de Hermas, Ireneo, Clemente de Alejandría, etc., lo prueban de una manera perentoria.

(34) *De moribus Ecclesiae Catholicae*, I, 30.

(35) *Enarrationes in Ps.*, CIII.

(36) *Enarrationes in Ps.*, XLIV.

cuius lumine illustratis ut candeas, eius adiutorio fulciris ne cadas" (37). La Iglesia refulge en esta segunda Encarnación con el resplandor de su Esposo: "Fulgens in vestitu sponsi sui"; y Cristo, a su vez, se transfigura en la Iglesia, vistiéndose de su luz, como el sol se viste de la nube arrebolada: "Induit se sicut vestimentum, lucem Ecclesiae".

Partiendo de otro esquema, la Iglesia, esposa de Cristo, sorprende un principio fundamental, de consecuencias ilimitadas, en este matrimonio singular, fusionado en estrechísima caridad (38): unidad de corazones en un solo amor, que lleva consigo la unidad de vidas y de destinos. Los aforismos de San Cipriano hallan nuevo eco en las exhortaciones apremiantes de su discípulo: "No podéis tener a Dios por Padre sin tener a la Iglesia por Madre" (39). Es Cristo ya quien se interpone ante las ofensas que se dirigen a la Iglesia, y quien deriva hacia ella el amor que a él se le tributa. Nadie podrá ofender al uno y complacer al otro (40).

Una misteriosa comunicación de atributos funde ya los dos seres desde las perspectivas proféticas del Antiguo Testamento. Y es el mismo Agustín quien, con alcance aquilino de vidente, contempló conjugadas las dos grandezas: el germen de Abraham y la bendición de las naciones en él; la generación eterna del Verbo, y las gentes y términos de la tierra como su herencia; el Esposo que sale de su tálamo y salta de júbilo para recorrer su camino, y el estruendo de su evangelización por el universo, hasta colocar su tabernáculo en el sol: Cristo, en una palabra, y su Iglesia (41).

Los moldes de la dialéctica y del análisis se le hacen estrechos, y el afecto incontenido de su corazón filial se le escapa por los puntos de la pluma. La Iglesia es el huerto del Señor, que alberga no solamente rosas de mártires, sino también lirios virgina-

(37) *Ibidem.*

(38) «Matrimonium hoc magna caritate compaginatur.» *Enarrationes in Ps.*, LXXXVIII.

(39) «Tenete ergo, carissimi, tenete omnes unanimiter Deum Patrem et Matrem Ecclesiam.» *Ibidem.*

(40) «Nemo offendit unum et promeretur alium.» *Ibidem.*

(41). *Ibidem.* El P. José Zameza, en su obra misional *Amemus Ecclesiam*. Burgos, 1936, contiene sugestivas síntesis agustinianas en éste como en otros puntos.

les, hiedras de desposados y violetas de viudez (42). Es la familia redimida, la ciudad peregrinante de Cristo Rey (43).

La Iglesia, personificada de mil maneras, vaga por las páginas sublimes de su obra, y los epítetos y motes se atropellan en su boca de enamorado, y no le bastan a exteriorizar los ardores de su amor ni a revestir las galas y atavíos que finge su fantasía. Ya es poco llamarla *Casa de Dios, Templo de Dios, Ciudad de Dios*; la misma imagen paulina de la Iglesia cuerpo místico de Cristo, aun con toda su profundidad dimensional, parece prestarse mal a las exigencias de su imaginación latina y africana. No; la Iglesia, para la elocuencia y estilística sin rival agustiniana, que dibuja todos los matices y se pliega a todos los relieves, es la matrona pudorosa, esposa del Hijo de Dios único (44), y virgen al mismo tiempo (45); es la viuda—ya que su divino Esposo desapareció del mundo visible—que, acosada por su adversario, el demonio, pide justicia cada día, como la otra viuda del evangelio (46). Pero, sobre todo, es la madre de los cristianos; y su pluma describe enternecida toda la gama de oficios y de cuidados que a sus hijos puede prodigar la más amorosa de las madres.

La piscina bautismal es el vientre, las *viscera materna* de la Iglesia, en su lenguaje real y vigoroso. Y desde el parto, doliente y laborioso, por el cual el catecúmeno nace a la vida de la gracia, hasta la formación consumada in *virum perfectum* del cristiano, con la leche de la doctrina y el sustento vigorizador de la vida sacramentaria, las obras de Agustín, a través de la floración exuberante de sus geniales especulaciones, dejan paso a un camino de luz y de ternura de una madre consagrada al amor sin límites de sus hijos. “Por el amor que tienes a tus padres—dice en uno de sus *Sermones*—mide el amor que debes a Dios y a la Iglesia” (47).

El “hijo de tantas lágrimas”, que sin salir de su propio hogar pudo asomarse al abismo sin fondo que es el corazón de una

(42) *Serm.*, CCCIV, 2.

(43) *Epist.*, CXXX, 34.

(44) *Contra Faustum*, XV, 6.

(45) *In Ioh. tract.*, XIII, 12-13.

(46) *Enarrationes in Ps.*, CXXXI, 23, y CXLV, 18.

(47) *Serm.*, CCCXLIV, 2.

madre, estaba especialmente predestinado para hablar de este tema. Nadie habló con tal verdad y patetismo del amor maternal de la Iglesia como el hijo de Mónica. También aquí la gracia se cunda a la naturaleza y la diviniza. Y la observación suministra a su estilo las más bellas imágenes y paralelismos. El cristiano lleva impresa en el alma una deuda vital para con las entrañas maternas de la Iglesia (48). Ya es el infante que da sus primeros vagidos en su blando regazo, pródigamente dotado para la absoluta indigencia de la incipiente vida (49). La solicitud despliega sus desvelos con la adaptabilidad que responde a una formación lenta y delicada (50). Ya es el polluelo medroso, amorosamente fomentado bajo sus alas cálidas de amor y de protección (51).

A veces la comparación es más recóndita y graciosa. Halló el pájaro una casa para sí, y la tórtola un nido donde poner sus pueñuelos: Cristo tiene su morada en los cielos, donde intercede por nosotros; la Iglesia fabrica un nido con los leños de la cruz para extender en él sus alas sobre sus hijitos (52). Fluctuante sobre las aguas, Pedro ya no hace pie y comienza a sumergirse: *Señor, sálvame*. También la Iglesia sabe hollar las crestas de los soberbios; pero, al fin, es la Iglesia, y siente la debilidad humana. Es menester que la mano del Señor la sostenga, entreverando los consuelos con los dolores y las medicinas suaves con las heridas amargas (53).

Es la Iglesia madre fecunda de santos, no porque todos sus hijos lo sean, sino porque a todos pretende ella infundirles la santidad. Trasunto y anticipo de la Sión celestial, dilátanse sus

(48) «Foris a visceribus matris fame moriemini.» *Enarrationes in Ps.*, CXXX, 14.

(49) «Illi quos quasi vagientes Ecclesiae Catholicae ubera sustentat.» *De moribus Ecclesiae Catholicae*, 17.

(50) «Sic parvulum alloquimur, in sinu matris Ecclesiae pio lacte nutriendum, et ad escam mensae dominicae idoneum faciendum.» *Enarrationes in Ps.*, XXXVIII, 3.

(51) «Parvulos tuos quos vel tanquam ova sollicitis alis foves teneros fetus tuos.» *Contra. Faustum*, XV, 3. «Sub alas Catholicae matris pullis fugientibus.» *Ibidem*, XIV, 9.

(52) «Et turtur nidum sibi, Ecclesia Dei nidum de lignis crucis; ubi ponat pullos suos, parvulos suos.» *Enarrationes in Ps.*, CI, I, 8.

(53) «Calcat enim et Ecclesia capita superbiorum: sed quia Ecclesia est, et habet infirmitatem humanam... Multi dolores, sed multae consolationes: amara vulnera suavia medicamenta.» *Enarrationes in Ps.*, XCIII, 22.

tiendas acogedoras del uno al otro mar. Y no hay pródigo descarriado, cualquiera que sea la región extraña de su extravío, que no la halle solícita y tierna, brindándole de nuevo las dulzuras todas del hogar (54). Y el ambiente amoroso familiar, saturado de intimidad y de elevación, reviste de una categoría superior a los espíritus. Tiene conciencia la Iglesia de que es la esposa de Jesucristo, su amada, su hermosa; y su corazón se desborda, amante y ardoroso, en él (55). Y Agustín invita a todos los cristianos a tomar parte en este Epitalamio divino: "Amatis autem cum illa si estis in illa" (56). Por la santidad de estos desposorios, yo os conjuro a todos: amad a esta Iglesia, perteneced a esta Iglesia, sed vosotros esta Iglesia. Amad al Buen Pastor, rogad también por las ovejas descarriadas: vengan todas, todas le reconozcan, todas le amen. No haya más que un solo rebaño y un solo pastor (57). El amor a la Iglesia es la garantía de poseer el Espíritu Santo (58).

El tercer florón que Agustín coloca en las sienas de la Iglesia, después de haberla celebrado como esposa y cuerpo místico de Cristo, es el de virgen-madre, que tiene por tipo y ejemplar a María, Virgen y Madre de Dios. Y fué éste un tema favorito del obispo de Hipona, al cual volvió repetidas veces en sus obras, especialmente en sus *Sermones*.

Su teología, profunda y amorosa, entrelaza con cariño la significación de ambos seres, misteriosamente relacionados entre sí. María y la Iglesia coinciden en su maternidad respecto de Cristo: aquélla, corporalmente; ésta, en un sentido espiritual. ¿No da a luz la Iglesia todos los días al cuerpo místico de Cristo? Y ambas están nimbadas de la aureola de la virginidad:

(54) «Nonne omnes ad ubera sua quae superbo fastidio reliquerunt cum lacrimis revocat?... Omnibus... ad sponsam Christi redeuntibus et errorem atque impietatem paenitendo damnantibus, nulla catholica disciplina negandam Ecclesiae pacem et claudenda viscera misericordiae iudicavit.» *Epist. ad Rom. expos.*, 15.

(55) «Amata eius, sponsa eius, pulchra eius... loquitur amans et ardens in eum.» *Serm.*, CXXXVIII, 6.

(56) *Ibidem*, 7.

(57) «Hortor vos, obsecro vos per sanctitatem talium nuptiarum, amate hanc Ecclesiam... Orate et pro dispersis ovibus: veniant et ipsi, agnoscant et ipsi, ament et ipsi.» *Ibidem*, 10.

(58) «Habemus ergo Spiritum Sanctum si amamus Ecclesiam.» *In Ioh. tract.*, XXXII.

«Ecclesia quoque et mater et virgo est... Maria corporaliter caput huius corporis (Ecclesiae) peperit: Ecclesia spiritualiter membra illius capitis parit. In utraque virginitas fecunditatem non impedit; in utraque fecunditas virginitatem non adimit» (59).

«In ipsius (Ecclesiae) typo Mariá virgo praecessit. Unde, rogo vos, Maria est mater Christi nisi quia peperit membra Christi? Vos, quibus loquor, membra estis Christi: Quis vos peperit? Audio vocem cordis vestri: Mater Ecclesia. Mater ista sancta honorata, Mariae similis et parit et virgo est. Quia parit, per vos probo: ex illa nati estis» (60).

También la Iglesia es virgen, como María: virgen corporalmente en algunos, por la integridad de la carne, y virgen espiritualmente en todos por la incorruptibilidad de la fe:

«Ecclesia dicitur virgo... Paucorum est virginitas in carne; omnium debet esse in corde. Virginitas carnis, corpus intactum; virginitas cordis, fides incorrupta» (61).

«Est ergo et Ecclesiae, sicut Mariae perpetua integritas et incorrupta virginitas» (62).

Todos somos, por el bautismo, hijos de esta casta madre, hijos de esta virgen madre". Oh, novelli filii castae matris... filii virginis matris!" (63).

Pero sería empresa quimérica la de intentar recoger, como en un haz de armonía, el himno gigante que de la inmensa obra de Agustín se eleva en honor de la *Católica*. Tanto valiera como reproducir la historia del infante aquel que en el litoral mediterráneo se afanaba vanamente por encerrar la amplitud de los mares en un hoyo diminuto, abierto en la arena por sus manos. "Por la profundidad de pensamiento y por el vigor de concepción—dice Moehler—, nada se ha escrito sobre la Iglesia, después de San Pablo, comparable a las obras de San Agustín" (64).

(59) *Dé sancta virginitate*, 2.

(60) *Serm.*, 25. Denis, en Morin, G., *Sancti Augustini Episcopi Sermones post Maurinos reperti*. Roma, 1930, pág. 163.

(61) *Enarrationes in Ps.*, CXLVII, 10.

(62) *Serm.*, 195, 2.

(63) *Serm.*, 233, 1.

(64) *Symbolik*, Regensburg, 1871, pág. 351. Sobre la eclesiología de San Agustín, véanse: SPECHT, TH., *Die Lehre von der Kirche nach dem hl. Augustin*, Paderborn, 1892; BATIOFFOL, P., *Le catholicisme de Saint Augustin*, París, 1920; HOFMANN, F., *Die Kirchenbegriff des hl. Augustinus*, Munich, 1933.

La sublimidad certera de su vuelo ha sobrepasado y rectificado las fórmulas de San Cipriano acerca del ser y prerrogativas de la institución de Jesucristo. San Agustín dejó delineada para siempre la estela luminosa de su paso, que seguirán perpetuamente los futuros tratadistas. En éste como en otros casos, la herejía sirvió providencialmente a los designios de la verdad; el donatismo ocasionó, por reacción en la teología católica, al que había de ser, en el sentido más literal y plenario del término, el *Doctor de la Iglesia*.

Con su imborrable recuerdo vamos a poner fin a estas líneas. Sembrador fecundísimo de ideas, hay sobre este tema fragmentos en sus obras que, como arranques de arcos triunfales, prometen su expansión adecuada en lo futuro. El fervoroso apóstrofe a la Iglesia, del libro I *De moribus Ecclesiae Catholicae*, sartal de aclamaciones victoriosas, que con afecto insistente de letanía y exultación jubilosa de *Te Deum* describe todos los cambiantes de la vida divinamente social de la Iglesia (65), difícilmente será superado por ulteriores explanaciones medievales, aun cuando entre en la cuenta el himno de Anastasio Sianita, colofón de su excesivo alegorismo eclesiástico en su *Comentario al "Hexaemeron"* (66). Ingenio moderno en sus concepciones y atisbos, su teología de la Iglesia contiene puntos de vista que se dirían de actualidad hodierna. En su obra *De fide rerum quae non videntur*

---

(65) «Tu pueriliter pueros, fortiter iuvenes, quiete senes, prout cuiusque non corporis tantum, sed et animi aetas est, exerces ac doces. Tu feminas viris suis, non ad explendam libidinem, sed ad propagandam prolem, et ad rei familiaris societatem, casta et fidei obedientia subicis. Tu viros coniugibus, non ad illudendum imbecilliorum sexum, sed sinceri amoris legibus praeficis. Tu parentibus filios libera quadam servitute subiungis, parentes filiis pia dominatione praeponis. Tu fratribus fratres religionis vinculo firmiore atque arctiore quam sanguinis nectis. Tu omnem generis propinquitatem et affinitatis necessitudinem, servatis naturae voluntatisque nexibus, mutua caritate constringis. Tu dominis servos, non tam condicionis necessitate, quam officii delectatione doces adhaerere. Tu dominos servis, summi Dei communis domini consideratione placabiles, et ad consulendum quam coerendum propensiores facis. Tu cives civibus, gentes gentibus et prorsus homines primorum parentum recordatione, non societate tantum sed quadam etiam fraternitate coniungis. Doces reges prospicere populis; mones populos se subdere regibus... *De moribus Ecclesiae Catholicae*, l. I, c. 30.

(66) PG., LXXXIX, 1.071.

propone a la Iglesia como la continuación de Cristo visible, motivo perenne de credibilidad de su misión divina:

«Miradme, os dice la Iglesia; miradme a mí, a quien tenéis que ver aunque no queráis. Porque los fieles que hubo entonces en Judea contemplaron con sus propios ojos todas las divinas obras y palabras de Cristo, su maravilloso nacimiento de una virgen, su pasión, resurrección y ascensión. Vosotros no queréis creer esto porque no lo habéis visto. Pues mirad, fijaos, meditaad en lo que tenéis presente, que no os contamos cosas pasadas ni profetizamos sobre el futuro, sino que os presentamos hechos actuales. ¿Acaso os parece despreciable o de ningún valor, y lo tenéis por pequeño o ningún milagro, el hecho de que todo el género humano corra tras un crucificado?» (67).

¿No es éste el gesto indicador del cardenal Dechamps, la llamada *via empirica*, canonizada por el concilio Vaticano, que conduce a la Iglesia como a milagro moral perpetuo, y, por lo mismo, testimonio irrefragable de la divinidad de su origen? Y he aquí cómo, al terminar, volvemos al mismo punto de partida: el concilio Vaticano, aun en lo que parecía más moderno, se hace eco de las enseñanzas de San Agustín.

JOSÉ MADOZ, S. J.

*Facultad Teológica de Oña (Burgos).*